

# LAS AMISTADES EN LA ANTIGÜEDAD: JERÓNIMO Y PAULA, JUAN CRISÓSTOMO Y OLIMPIA<sup>2</sup>

## Introducción

*Dijo el Señor Dios: No conviene que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada –“ezer kenegdô” (Gn 2,18). [La palabra] hebrea usada aquí, “ezer” –“ayuda”– aparece también en otros pasajes de la Escritura y casi siempre va unida a [la imagen de] Dios en cuanto sostén de su pueblo; Dios es aquel “Tú” en el que el pueblo puede refugiarse y reencontrar la certeza en sí mismo. “Neged” –palabra traducida con una circunlocución: “que [le] sea adecuada”–, designa la contraparte, podríamos decir, aquella que está enfrente. Por lo tanto, el texto anterior coloca frente a frente a dos “tú”, el del hombre y el de la mujer, ambos de pie, mirándose recíprocamente a los ojos. Nuestra expresión no privilegia la sola dimensión material de la ayuda, sino que [implica] mucho más. El hombre y la mujer se sitúan el uno frente al otro, de una manera altamente significativa, con el propósito [de lograr] la propia identidad.<sup>3</sup>*

<sup>1</sup> M. Maria Laura Natali, osb, es monja del Monasterio de Pontasserchio, Pisa, Italia, y docente en el Pontificio Ateneo de San Anselmo.

<sup>2</sup> El estilo es oral, conservando el usado en la Conferencia hablada, mientras que hemos puntualizado, en las notas, el aparato crítico. [Dado dicho estilo oral y sus giros típicos, los traductores se han visto en la necesidad de aclarar y/o suplir algunas palabras que se ponen dentro del texto entre corchetes].

<sup>3</sup> Cf. A. FANULI, “La donna nell’Antico Testamento: alcune considerazioni esegetico teologiche”, en D. ABIGNENTE - M. A. GIUSTI - N. RODINÒ (a cura di), *La donna nella Chiesa e nel mondo*, Napoli 1988, p. 181.



Sin embargo, en el transcurso de la historia, la cultura occidental greco-latina se desarrolló siguiendo otros parámetros y con una imagen hartamente diferente de la mujer, de lo cual derivó una forma muy distinta de vivir las relaciones entre varón y mujer, marcada por la subordinación de esta última al hombre.

La antigüedad, sin embargo, nos ha transmitido la experiencia de algunas “parejas”, como la de Olimpia y Juan Crisóstomo, la de Paula y Jerónimo, o la de Melania y Rufino, que presentan características absolutamente singulares. En los hechos estas parejas han vivido -si bien fuera del ámbito estrictamente conyugal-, una fortísima vinculación mutua. [Realidad] que ofrece la posibilidad de ser leída con categorías muy distintas de las peculiares de su época. Justamente este es el motivo de que provoquen una fascinación tan fuerte y de que hayan suscitado -y sigan suscitando- interrogantes en cuantos se les acercan. ¿Qué buscan, qué esperan quienes se les acercan? ¿Qué esperan ustedes los que [me] escuchan? ¿Qué despiertan estas experiencias en el corazón y en la inteligencia de quienes oyen hablar de ellas? ¿Puede que susciten nostalgia? ¿Anhelos de algo bello y hermoso, apenas entrevisto y al mismo tiempo desconocido? Por [todo] lo cual, no es [mera] retórica preguntarse qué es lo que provoca tanto interés hacia estas “parejas” espirituales.

Para captar mejor el carácter absolutamente fuera de lo común de unas relaciones como las que estamos considerando, es necesario abstraerse de nuestras concepciones de hombres y mujeres del siglo XXI, [olvidando todo] aquello que actualmente consideramos “normal” en las relaciones entre hombre y mujer, para lograr encuadrarlas dentro del contexto socio-cultural de la época en que surgieron.

Esto permitirá que logremos hacer emerger los elementos más característicos del hombre y de la mujer en los que la distancia del tiempo apenas incide, dejando prácticamente intacto aquel *ezer kenegdô* que vive la alegría y la riqueza de la reciprocidad en la diversidad, en la especificidad de una donación de [todo] el ser a Dios, en la que los cuerpos se acercan, pero no se tocan, en la que la pertenencia mutua, -que de una cierta manera existe-, consiste en la no pertenencia, donde el puño no se cierra sobre aquel nombre, que sin embargo se lleva grabado, -quíerese o no-, en la palma de la mano.

Fui llamada, específicamente, para presentar aquella relación que llegó a establecerse entre Paula y Jerónimo, y que asumió la forma de una así llamada amistad espiritual, y me pareció que sería fructífero elaborar-

la espejando dicha relación e historia en la que caracterizó la de Olimpia con Juan Crisóstomo<sup>4</sup>, ya que dicha comparación permite realzar y comprender mejor determinadas dinámicas relacionales.

## 1. Elementos biográficos

### 1.1. Jerónimo y Paula

Jerónimo, dálmata (de Estridón), vivió entre los años 345/7 y 419; Paula, noble romana, entre el 348 y el 404. Jerónimo, después de haber finalizado brillantemente los estudios literarios en Roma se trasladó a Tréveris, junto a la corte imperial. Allí descubrió el ideal monástico, dado a conocer por Atanasio durante su exilio en aquella ciudad. Hacia el año 370 renuncia a la carrera de funcionario e intenta [llevar a cabo] algunas experiencias de vida monástica tanto en Europa como en Tierra Santa, pero sin éxito. Sin embargo, continúa sus estudios, pero esta vez dedicándose a los clásicos cristianos, perfeccionando sus conocimientos de griego y estudiando hebreo. Después de diversas vicisitudes, regresa a Roma, donde recibe nada menos que el apoyo del Papa Dámaso, que lo nombra su secretario. Fue por esta época que entró en contacto con aquellas damas de la aristocracia que sobre el Aventino (una de las siete colinas de Roma) llevaban vida ascética, particularmente caracterizada por el gran esfuerzo puesto en el estudio de la Escritura. Jerónimo conoce en primer lugar a la noble Marcela, —que justamente había ido en su búsqueda por su fama de conocedor de la Escritura—; sólo en un segundo momento y en ese mismo entorno, establecerá una relación peculiar con otra noble dama: Paula.

Debido a su carácter difícil y a la posición que ocupa, Jerónimo suscita numerosos enemigos en torno suyo y, a la muerte del Papa Dámaso, dada su relación tan cercana con aquel grupo de mujeres, se transforma en fácil blanco [de críticas], tantas que debe dejar Roma en el 385, partida que lo lleva a emprender un viaje a Palestina. Poco después lo sigue Paula, ahora viuda, a pesar de ser madre de cinco hijos, de los cua-

<sup>4</sup> Obviamente, dado que los escritos que nos han llegado son únicamente los de Jerónimo y Juan Crisóstomo, mientras que se han perdido los de Paula y Olimpia, la reflexión se basará en la documentación disponible, y por tanto especialmente sobre las Cartas de los unos a las otras. Cf. JERÓNIMO, *Le lettere*, I-IV, Roma, <sup>2</sup>1996. JUAN CRISÓSTOMO, *Lettres a Olympias, Vie Anonime d'Olympias*. = Sch 13 bis, A. M. MALINGREY (ed.), Paris 1968. Abreviaremos las citas: *Carta* y *V.O.*

les el último es todavía pequeño. La noble Paula deja a su familia, confiando al pequeño Tossozio al cuidado de una hija casada y, junto con otra de sus hijas, con Eustoquia, se reúne con Jerónimo y juntos emprenden la peregrinación a Tierra Santa. Una vez allí deciden trasladarse a Egipto, visitando los establecimientos monásticos de los desiertos de Nitria y Arsinóe, para conocer sobre el terreno la vida monástica allí practicada. Ya de regreso en Palestina, en el 386 se establecen en Belén, donde Paula hace construir un hospicio para los peregrinos, además de un monasterio masculino y otro femenino. Tanto en el monasterio de varones como en el de mujeres, y en continuidad con la experiencia romana, una de las ocupaciones fundamentales será la del estudio de la Escritura. En la focalización en este centro de interés podemos descubrir el gran elemento catalizador de la relación entre Paula y Jerónimo. El período que transcurre en la ciudad de la Natividad alterna momentos “tranquilos” con otros en los que Jerónimo se deja involucrar en nuevas controversias, sea por causa de sus ideales, sea por asuntos personales.

## 1.2. Juan Crisóstomo y Olimpia

Al acercamos a la experiencia de Juan Crisóstomo y Olimpia, descubrimos en los elementos de fondo algunas semejanzas con lo vivido por Jerónimo y Paula.

Inicialmente, la vida de ambos transcurrirá por carriles independientes y sólo se encontrarán en Constantinopla, donde Juan, presbítero de Antioquía, será llamado, en el año 398, para ocupar la sede episcopal.

Juan, al igual que Jerónimo, insertado primeramente en la cancellería imperial, en un cierto momento se separó de ella para llevar –durante un cierto tiempo, posterior a su regreso a Antioquía, y en el retiro del desierto–, vida monástica de tipo eremítico. Por razones de salud se vio forzado a abandonar la soledad y volver a Antioquía, donde es ordenado sacerdote. En aquel mismo período Olimpia, aristócrata y rica, al igual que Paula, queda viuda muy joven, en este caso sin hijos. Ordenada diaconisa antes de la llegada de Juan, construyó un monasterio en las adyacencias de la catedral. Los elementos característicos de la vida que allí se llevaba, además de la austeridad, eran la importancia central otorgada a la Palabra de Dios y un [tipo de] servicio eclesial, centrado en la acogida<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Cf. V.O. 6. 10. Cf. R. TEJA, *Olimpiade. La Diaconessa* (c. 395-408), Ascoli Piceno 1997, p. 58.

Cuando Olimpia y Juan se encuentran se inicia una fecunda relación centrada en el mismo objetivo: el servicio eclesial. A ambos los une un mismo y único interés: Juan quiere reformar y eliminar los abusos y da directivas precisas a Olimpia acerca de la utilización de las donaciones [provenientes] de su propio patrimonio. Tales indicaciones le prescriben la distribución entre los pobres, no dando a todo el que pide, para no favorecer un cierto parasitismo eclesiástico<sup>6</sup>; elementos todos que crean en torno al nuevo obispo mucho descontento. Su relación con Olimpia será usada, al igual que lo sucedido con la de Jerónimo y las mujeres del Aventino de Roma, como una excusa para alejarlo de su sede episcopal. En el sucesivo exilio, Juan, con su salud ya debilitada –corría el año 407–, murió mientras se lo obligaba a desplazarse hacia un nuevo lugar de reclusión. Olimpia, que siempre permaneció fiel a Juan, también será exiliada y al año siguiente su vida terrena tocará a su fin.

En este último caso, fue Juan el que precedió a Olimpia, mientras que en el otro será Paula la que preceda a Jerónimo.

## 2. “Mujer” y “Amistad”: ¿qué significado se les asignaba en la antigüedad y en los Padres?

Al término de la narración biográfica, no quisiera que piensen que decir: “se estableció una relación de amistad” fuera la expresión de una realidad normal: ¡común y corriente!...

Para lograr captar las singulares e inusuales características que para aquel tiempo asumía la amistad entre Paula y Jerónimo, y reflejamente la de Olimpia y Crisóstomo, es necesario detenerse brevemente en dos aspectos, sin ninguna pretensión de agotar el tema:

- La situación de la mujer en aquel tiempo.
- El concepto de amistad típico de la antigüedad.

### 2.1. Algunos datos sobre la situación de la mujer en la antigüedad

Sobre la inferioridad de la mujer en el mundo judío y en el hebreo

<sup>6</sup> Cf. también PALADIO, *La Storia Lausiaca*, G. J. M. BARTELINK (ed.), Torino, 1974, 56,2. La sigla para las citas: *H.L.*

nístico, tanto como en el romano, si bien con diferencias significativas, debidas a los diversos ámbitos culturales, podemos poner de relieve y puntualizar dos aspectos que son comunes a las tres culturas, si bien contrapuestos entre ellos. Un primer aspecto reconocible es la limitación de los ámbitos en los cuales a la mujer se le permite intervenir: no en el público ni en el político –sin que esto necesariamente implique un desconocimiento de su dignidad o prestigio. Un segundo aspecto, quizás el más difundido, es su destino de subordinación: la mujer es “objeto” que pasa del padre al marido, incluso en el ámbito aristocrático.

En los orígenes del cristianismo, dado semejante *status* social y cultural de la mujer, es posible detectar un mejoramiento en su situación. Sin embargo, con el transcurrir del tiempo y el alejamiento de los comienzos, con la difusión del cristianismo en todo el Imperio romano, los elementos culturales greco-romanos predominaron manifestando su fuerte incidencia. De hecho es posible, gracias a un pequeño ejemplo tomado de la *Didascalia Apostolorum* (1ª mitad del siglo II), ver la condición y la consideración en que se tenía a la mujer –y esto básicamente seguía vigente en los tiempos de las personas a las que nos estamos acercando–: “No es conveniente ni necesario que las mujeres enseñen, sobre todo en lo que se refiere al nombre de Cristo y a la redención mediante su pasión. Ustedes, las mujeres, no han sido designadas para enseñar, sobre todo ustedes las viudas, sino para rezar y suplicar al Señor Dios” (3,6,1).

El texto refleja la posición de la Iglesia, que dejó y mantuvo a la mujer en un papel subordinado, si bien algunas veces, junto con esto, era proclamada la igualdad entre el hombre y la mujer en el ámbito moral y espiritual.

## 2.2. La “mujer” en Juan Crisóstomo y Jerónimo

Al acercamos a los textos de Jerónimo y de Juan Crisóstomo, podemos detectar la aparición de una paradoja entre una misoginia como principio cultural y algunas veces teológico, y la calidad de la relación que de hecho viven; su experiencia en el ámbito psicológico-existencial se desarrolla según otros paradigmas.

Privilegiamos el pensamiento de Crisóstomo –más marcado respecto del de Jerónimo, quien realmente no tiene un [temperamento] especulativo– para ilustrar la mentalidad de la época reflejada en el ámbito cristiano. El matrimonio es pensado como originado a consecuencia de la caída del primer hombre y la primera mujer, y dicha culpa es considerada la causa de la desaparición de la condición de paridad entre ambos sexos. Lo cual provoca un dejar de lado a la mujer, su exclusión, porque

su presencia es reflexionada e interpretada de manera reductiva, mediante la elaboración de una teoría de la subordinación y, en cierta manera, de sumisión al varón, reconocido como su amo y señor. Sus escritos muestran una alternancia entre un teorizar sobre la condición de igualdad<sup>7</sup> y la de una situación de inferioridad como algo inherente, que incluso estaría ya desde los comienzos en el plan creador de Dios<sup>8</sup>. De hecho, en algunos textos, presenta a la mujer como caracterizada por una deficiencia intrínseca y natural, habla de *imbecillitas sexus*<sup>9</sup>... y cualquier superación de este “dato” [por parte de alguna mujer] es una excepción, no siempre digna de alabanza, a menos que se refiera a una vida virtuosa, aunque también en este caso se ve como una derrota humillante para el varón, igualado o hasta superado por aquella que es una *fémmina*<sup>10</sup>, idea que también se puede encontraren Jerónimo<sup>11</sup>.

El pensamiento de Juan refleja y teologiza la mentalidad corriente de su tiempo, que llevada a la vida, repite los axiomas ya mencionados: al varón pertenecen la esfera política y pública, a la mujer la doméstica y privada; las mujeres no deben hablar en la iglesia...<sup>12</sup>.

Pero... ¿cómo escapar y no sucumbir ante la fascinación, que se transforma en un asunto interesante cuando lo vivido lo separa de sus propias teorizaciones, impulsándolo a alentar a las mujeres a la acción —a Olimpia—, o cuando en sus escritos se complace en las mujeres fuertes<sup>13</sup>?

<sup>7</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *In 2 Tim.*, *Hom.* X,3.

<sup>8</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO *Hom. Gen.* 8,4; 10,5; *In 2 Tess.*, *Hom.* V,5. C. MILITELLO, *Donna e Chiesa. La testimonianza di Giovanni Crisostomo*, Palermo 1985, pp. 146-147.

<sup>9</sup> Cf. C. MILITELLO, *Donna e Chiesa...*, p. 144. Cf. *In Ep. ad Hebr.*, *Hom.* 15,4.

<sup>10</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *In Illud: Salutate Prisc.* 1,4; PG 51,192. Cf. C. MILITELLO, *Donna e Chiesa...*, p. 144.

<sup>11</sup> JERÓNIMO, *Carta 122,4*: «... imita a aquella a la cual deberías haber hecho de maestro. ¿No te da vergüenza? El sexo débil vence al mundo, mientras que el fuerte se deja derrotar por el mundo. “Una mujer es la protagonista de semejante epopeya”».

<sup>12</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *In Ep. ad Hebr.*, *Hom.* 15,4.

<sup>13</sup> “Pero tú que eres mujer y que posees un cuerpo que tiene la consistencia de una telaraña, y que sufriste tantos asaltos, no sólo padeciste algunos, sino que impediste que muchos otros los sufrieran”, *Carta 12.d(5)*; “seguiste muriendo cada día, domando las insuficiencias de la naturaleza con la fuerza sobreabundante de tu voluntad”, *Carta 13,1*; “Consideren cómo también Jesús dio el anuncio a sus discípulos por medio de estas mujeres, queriendo conducir, como tantas veces les he repetido, al sexo por todos deshonrado al honor y a buena esperanza, sanando lo que es enfermo” (*In Matt.*, *Hom.* 89,3). No por

Realidad de la que se maravilla incluso él mismo<sup>14</sup>.

En Jerónimo, para nada especulativo, nos encontramos con [textos de] menor vigor literario, pero en algunas de sus reflexiones se descubren las consideraciones culturales que lo llevan a reconocer dicha inferioridad. Dirigiéndose a Panmaquio le hace notar que “Eustoquia y Paula le ganan en virtud”, “aunque no en la acción, debido justamente a su sexo”<sup>15</sup>, o con expresiones del tipo: “... aunque sean mujeres”.

Sin embargo, también tenemos escritos en los que Jerónimo se expresa de manera diferente. Sus amistades, en su mayoría femeninas, –por tanto, no reducidas tan sólo a una única relación–, lo llevan en los hechos a subrayar la novedad positiva que caracteriza la figura de la mujer. También debemos preguntarnos, dado su muy mal carácter, si no sería que su auténtico corazón, su esencia, sólo podía ser entendido por la intuición femenina, más capaz de entrever su parte mejor. Y tal vez tenía cierta conciencia de ello.

Incluso la mayoría de sus comentarios bíblicos sufren las consecuencias de esa mentalidad. En su *Comentario a Gálatas* 3,28<sup>16</sup> dice: “El hombre y la mujer están separados por la fuerza y la debilidad de los cuer-

---

eso su posición deja de ser no unívoca, algunas veces negando en línea de principio hasta la misma índole racional de la mujer, otras reconociendo cuánto influyen en ello los elementos culturales para sostener tales concepciones. Así lo dilucida C. MILITELLO, *Donna e Chiesa...*, p 153: «El Crisóstomo se da cuenta de que ello depende también del modo en el que la mujer es guiada y educada. Protesta contra la praxis de segregarla como si esta fuera la única garantía de su virtud (*Quales ducendae* 9,1; *In ep. Ad Hebr., Hom.* 39,3). No por eso es capaz de denunciar hasta las últimas consecuencias sus convicciones. No concede a la esposa aquello que en línea de máxima considera necesario para la joven núbil. Piénsese en su reivindicación del derecho de la mujer a una adecuada cultura religiosa (*In Job, Hom.* 61,3), piénsese en su elogio acerca de la fortaleza femenina, mostrando cómo ha llegado a rozar el límite de la naturaleza; piénsese en la búsqueda de la verdadera filosofía que la mujer puede y debe realizar. El Crisóstomo sabe que el estatuto de “ayuda del hombre” puede realizarse si se proveen las ayudas y auxilios adecuados. Pero la realidad matrimonial es el lugar menos adecuado para que esto pueda desarrollarse: El ideal de femineidad fuerte y responsable, el ideal de mujer capaz de superar la debilidad intrínseca de la naturaleza, no puede ser el de la mujer casada sino de aquella que en cambio se hace auténticamente libre».

<sup>14</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 121d(5) 1e(6).

<sup>15</sup> JERÓNIMO, *Carta* 66,13.

<sup>16</sup> PL 26,369. También el Crisóstomo comenta este pasaje pero no se detiene en las palabras: “*ya no hay varón ni mujer*”.

pos. Pero, en cuanto a la fe, ésta se mide por la devoción interior (*mentis devotione*); y sucede a menudo que la mujer sea causa de salvación para el varón, y que el hombre preceda a la mujer en la religión”. Además escribe que el revestirse de Cristo en el bautismo elimina “toda diferencia de género, de condición y de los cuerpos”<sup>17</sup>.

Hay que reconocer que el austero y áspero asceta tiene en alta estima a sus amigas y colaboradoras, tanto en el esfuerzo del estudio como en el plano espiritual; en el prefacio a su *Comentario a Sofonías* escribe el siguiente elogio: “Se necesitarían muchos libros para relatar todo lo que de grandioso hay en las mujeres”<sup>18</sup>.

Es posible, por tanto, evidenciar una constante dicotomía en estos Padres, que lleva a una diferenciación no sólo de pequeñas vibraciones, sino de tonos [enteros], entre la [melodiosa] afirmación teórica de la igualdad entre hombre y mujer ante Dios, –aunque no siempre se la tenga presente, como hemos visto–, y la proclamación efectiva, existencial e institucional de una subordinación de la misma en relación al varón<sup>19</sup>.

¿Será posible aseverar en este contexto que la posibilidad de un diálogo verdaderamente entre iguales, tal y como aparece en la experiencia vivida por ambas parejas, surge del [fiel] seguimiento de Cristo vivido en profundidad? ¿Fue dicho seguimiento, llevado a cabo de manera seria y responsable, el que finalmente permitió el encuentro entre dos “tú”, terminando por influenciar también el concepto de “amistad”?

### 2.3. Algunos datos sobre la valoración de la “amistad” en la antigüedad

La respuesta es “sí”, si tenemos en cuenta el modo como la amis-

<sup>17</sup>Y también: “Aquellas que así buscaban, que así corrían, merecían encontrar al Señor que acababa de resucitar y ser las primeras en escuchar su voz: ¡Salve!, de modo que por las mujeres se cambiara la maldición de la mujer Eva” (*In Matt* 28,9). “Cuando se está al servicio de Cristo, ser de un sexo o de otro, no tiene absolutamente ningún valor, lo que cuenta es la diversidad de alma” (*In Esm.* 12, Pr; PL 24,410 D; CCL73/A, 466).

<sup>18</sup> *In Soph.*, Pr, CCL 76,655; Cf. L. M. MIRRI, GIROLAMO, *Vivace protagonista del documento cristiano. Comunicazione e ricezione del documento cristiano in epoca tardo antica. XXXII Incontro di studiosi dell'antichità cristiana.* = StEAug 90. Roma 8-10 maggio 2003, pp. 412-413.

<sup>19</sup>Cf. M. G. MARA, *I Padri della chiesa e la donna. Parole di vita* 30 (1985) 417.

tad era entendida en la antigüedad<sup>20</sup>: los griegos se interrogaban hasta sobre la posibilidad de que la *filia*, un tipo de amor desinteresado y de amistad, pudiera darse en la mujer. Y hasta si era posible considerarla digna de tal amor. Vemos entonces que incluso la amistad era considerada una virtud inherente al [hecho de ser] varón<sup>21</sup>.

#### 2.4. La experiencia de amistad en las dos parejas

A la luz de lo visto debemos reconocer que el cristianismo posee también en este ámbito una fuerza capaz de provocar un pequeño-gran cataclismo, aunque a menudo, las mujeres se vean forzadas a expresar con modalidades masculinas su modo de vivir ciertas virtudes, que en aquel entonces se consideraban propias del varón. Es evidente que la concepción de que la mujer debe estar subordinada al hombre influye en la opinión sobre la posibilidad real de establecer con ella una relación de amistad, ya que le faltarían elementos básicos y constitutivos, que se consideraban ajenos al género femenino. De aquí la gran admiración y asombro cuando las mujeres se demuestran diferentes al estereotipo común, o aún mejores que los propios varones, al decir de ellos mismos: “¡Admirable ardor y fortaleza increíble en una mujer! Olvidándose de su sexo y de la fragilidad de su cuerpo, deseaba habitar con sus jóvenes compañeras entre tantos miles de monjes”<sup>22</sup>.

Veremos, en cambio, que en las mujeres que tomamos en consideración, tanto en la expresión de aquellas mismas virtudes, consideradas masculinas, como en el hecho de encontrarse de facto en una relación de paridad con el varón<sup>23</sup>, no conllevaba la pérdida de la dimensión femenina, ni tampoco una masculinización, al contrario, Jerónimo la deplora

<sup>20</sup> Cf. L. PIZZOLATO, *L'idea di amicizia nel mondo antico classico e cristiano*, Torino 1993.

<sup>21</sup> Cf. C. MILITELLO, *Il volto femminile della storia ...*, p. 40.

<sup>22</sup> JERÓNIMO, *Carta* 108,14,4.

<sup>23</sup> Es iluminador L. PIZZOLATO, en su libro *L'idea di amicizia nel mondo antico classico...*, p. 278, escribe, dirigiéndose en este caso a las amistades masculinas, elementos que nosotros, de hecho, podremos descubrir después presentes en la relación de Juan con Olimpia: “Para Juan, la elección del amigo se ve favorecida por la igualdad de origen y de clase social, y se ve condicionada por la elección vocacional (cf. *De Sacerd.* 1). Pero si la perfección para el cristiano coincide con la caridad, se sigue que para el cristiano la elección de amigo depende de la caridad y en vistas a la caridad... de ahí sus invitaciones a elegir los amigos que jueguen el papel de consejeros y de modelos externos para un camino de per-

cuando se verifica<sup>24</sup>. En cambio y a la inversa, sí que podemos asistir al aflorar de aquello que, en el género masculino, era considerado como un signo de fragilidad, de inferioridad; vale decir: aquella misma emotividad y afectividad, que fuera de esta relación no habría aflorado en la parte masculina, y de ello podemos tomar nota en las cartas de Juan a Olimpia y en alguna de las de Jerónimo<sup>25</sup>, [con la] manifestación de sentimientos que se convierten en un medio para robustecer el vínculo entre ambos.

... Y el dato de los dos polos que de alguna manera se atraen, [persiste y] permanece, si bien vivido en una dimensión espiritual que, sin embargo, no cancela ese tipo de afectividad que colorea de forma diferente una relación respecto de otra que se hubiese establecido entre personas del mismo sexo.

El hecho de que se haya establecido un vínculo tan característico entre Paula y Jerónimo, Crisóstomo y Olimpia, constituye por tanto un signo inusual y provocativo, que no pasará inadvertido, y tampoco resultará indoloro para los involucrados. Al contrario, se convertirá, como ya dijimos, en el instrumento y el pretexto, para alejar a Jerónimo de Roma y a Juan Crisóstomo de Constantinopla, los cuales jamás renunciarán a los frutos abundantes de dicha relación, a pesar de las acusaciones de inmoralidad. Cabe destacar, sin embargo, para entender la intensidad de sentimientos con que debió ser vivida la experiencia de esta “relación” por parte del Crisóstomo, su insistencia en algunos de sus escritos sobre la necesidad de romper las amistades, por muy queridas que fuesen, si resultasen dañinas para el alma<sup>26</sup>.

Finalmente no dejemos de notar con qué audacia estos dos hombres afrontaron juicios de diversa índole, ya que, a los ojos de quienes los rodeaban, “se abajaron” a vivir una relación en pie de igualdad con mujeres, a veces incluso buscando apoyo en ellas y señalándolas como maestras a otros<sup>27</sup>. Fue indudablemente, de su parte, una opción valiente, que les

fección (*In Kalendas* 4). Por eso los amigos deben permanecer vigilantes y prontos a la crítica, que será aceptada porque es expresión del amor (cf. *De mutatione nominum* 3,1)”.

<sup>24</sup> Cf. JERÓNIMO, *Carta* 22,27.

<sup>25</sup> JERÓNIMO, *Carta* 39.

<sup>26</sup> Cf. JUAN. CRISÓSTOMO, *In Kalendas* 4, cf. n. 22; *De incomprehensibili Dei natura* 1,7; *Expositio in Psalmum* 5,13; *In Iohannem homiliae* 57,3.

<sup>27</sup> JERÓNIMO, *Carta* 118,7: *Esta mujer (Vera) sea para ti la que haga de guía para tu gran empresa.*

exigió superar prejuicios y concepciones harto difundidas, que también en ellos tenían arraigo.

Preguntémosnos, entonces, una vez más: esta experiencia de una amistad entre un hombre y una mujer, que en la historia del mundo occidental, por lo menos hasta el siglo XVII, se calificó como amistad religioso-espiritual, ¿qué cosa le debe a la vivencia religiosa, a la chispa de una relación total y absoluta con Dios? Y ¿hasta qué punto viene determinada por ella?

### 3. Elementos afines que caracterizan la historia de las dos parejas

Podemos encontrar tres elementos que acomunan la experiencia de los personajes que estamos tratando de conocer:

- El vínculo se origina en una fuerte sollicitación *ad extra* que “habita” en ellos.
- Paula y Olimpia son ambas fundadoras de comunidades. No es la parte masculina la que predomina.
- La separación que se impone a ambas [parejas] se transforma en una oportunidad para transparentar la relación que los ligaba.

#### 3.1. El vínculo nace por una preocupación en común

Olimpia y Paula son viudas, ninguna de las dos desea otro marido, pero no por eso sus historias dejarán de vincularse espiritualmente con varones, una con Juan Crisóstomo y la otra con Jerónimo; hombres que se convertirán para ellas en puntos de referencia en mayor grado del que lo fueron sus queridos maridos, y en cuanto corresponde, viceversa. Se trata de un vínculo que ayuda a ambos, estimulándolos a caminar en la misma dirección y, paradójicamente, como célibes, tienen en común un mismo sentir, una pasión similar y... un algo, una empatía que los convierte, el uno para el otro, en fuerza para [mejor] caminar dentro del propio horizonte.

La gran preocupación que une y reúne a los miembros de ambas parejas, puede puntualizarse de la siguiente manera:

- Una preocupación eminentemente eclesial para Olimpia –Crisóstomo // Diaconisa-Obispo.
- El celo por el conocimiento de la Palabra, su profundización y [la

práctica de la] ascesis para Paula y Jerónimo.

### 3.1.1. Comienzos de la aventura “al-femenino” de Jerónimo

La aventura “al-femenino” de Jerónimo no empezó por una elección suya. “Llegó el día en que las necesidades de la iglesia me llevaron a Roma junto con los santos obispos Epifanio y Paulino... Yo, por modestia, evitaba las miradas de estas mujeres nobles, pero Marcela supo hacerlo tan bien... que hábilmente logró vencer mi reserva”<sup>28</sup>. Al aceptar entrar en relación con estas mujeres, lo que Jerónimo encuentra es una realidad seria, un terreno preparado y fecundo a la espera de ser cultivado de una forma adecuada para dar fruto<sup>29</sup>. Marcela y Paula son las dos figuras principales de su “asceterio”; una de ellas más intelectual, más dirigida a la investigación exegetica, centrada en la investigación del texto<sup>30</sup>; la otra más interesada en la comprensión alegórico-espiritual, incentivada principalmente por la exigencia ascética<sup>31</sup>. Estas mujeres, serán sin más un estímulo en el trabajo científico de Jerónimo: “Entonces ella comenzó a presionarme con más fuerza, a insistir con sus preguntas (como si no me estuviese permitido no saber lo que no sé...)”<sup>32</sup>. “Tú me vas acicateando con grandes problemas: y lo bueno es que, mientras me preguntas, nutres mi mente que dormitaba en paz”<sup>33</sup>. «Jerónimo supo y quiso aceptar, a personas del sexo opuesto como interlocutores “de igual a igual”, como “colegas” de estudio en un sector [considerado como] de prerrogativa exclusivamente masculina»<sup>34</sup>.

No faltaron acusaciones ni celos a causa de estos contactos, pero él así se defiende: “Muchos me critican porque de cuando en cuando escribo a mujeres, y porque prefiero el sexo débil al masculino..., si los

<sup>28</sup> JERÓNIMO, *Carta* 127,7.

<sup>29</sup> Cf. L. M. MIRRI, GIROLAMO, *Vivace protagonista del documento cristiano...*, p. 411.

<sup>30</sup> Cf. JERÓNIMO, *Carta* 28,1.

<sup>31</sup> Cf. JERÓNIMO, *Carta* 108,26. Esta experiencia de los estudios, que ya había durado tres años antes de su partida de Roma, había llevado en primera instancia a que las mujeres lo siguieran con asiduidad, hecho que había creado un clima de familiaridad que llegaba a la confidencia.

<sup>32</sup> JERÓNIMO, *Carta* 77,7; cf. *Ad Gal., Prol.*

<sup>33</sup> JERÓNIMO, *Carta* 59,1.

<sup>34</sup> L. M. MIRRI, GIROLAMO, *Vivace protagonista del documento cristiano...*, p. 409.

hombres se interesaran en la Escritura yo no me dirigiría a las mujeres”<sup>35</sup>. Y, sin embargo, Jerónimo le reconoce a la mujer la capacidad de participar en la “mejor parte” en la misma medida que los hombres, tanto en la vida espiritual como en la actividad intelectual, elemento constitutivo en el cual refulge la notable *novitas* de su movimiento ascético.

Su relación con el mundo femenino no dejó de tener consecuencias, como ya dijimos. Así se expresará Jerónimo, en un determinado momento de su existencia, en la carta a Asella, ante la acusación de una vinculación morbosa, promovida contra él por el senado romano, sobre todo en el momento en el que Paula parte hacia Jerusalén: “Antes de que yo conociera la casa de santa Paula, toda la ciudad estaba de acuerdo en mostrar gran respeto hacia mí ... Después de que, por el mérito de su santidad, empecé a venerarla, “adorarla”, reverenciarla, de inmediato todas las virtudes me han abandonado”<sup>36</sup>, y precisa: “lo quiera o no el mundo, son mías –refiriéndose también a Eustoquia– son mías en Cristo”<sup>37</sup>.

¿No dejemos de destacar cómo Jerónimo, que de joven no había conseguido vivir vida de monje, ahora que tiene a Paula consigo, logra perseverar en un estilo de vida monástica! Si bien es cierto que en algunos pasajes de la *Historia Lausiaca* se habla de celos de Jerónimo por Paula. Ningún huésped podía quedarse en los monasterios sin el consentimiento de Jerónimo, quien los obligaba, en algunas ocasiones, a “abandonar el campo”<sup>38</sup>.

¿Podría esto constituir como una sombra...? ... Son marañas difíciles de desenredar con nitidez y precisión...<sup>39</sup>. Jerónimo es consciente del peso que Paula tiene en su vida y piensa en escribir una historia que tenga

<sup>35</sup> JERÓNIMO, *Carta* 65,1; cf. 127,5. En su defensa presenta también algunos pasajes de la Escritura, en los que se presenta a las mujeres como más fuertes que los varones: “Aquila y Priscila fueron maestras de Apolo..., ahora bien, si no se avergonzó un apóstol de recibir lecciones de una mujer, por qué debería avergonzarme yo de enseñar a las mujeres, además de a los varones” (*Carta* 65,1). Cf. también el Prólogo al *Comentario a Sofonías*.

<sup>36</sup> JERÓNIMO, *Carta* 45,2-3.

<sup>37</sup> JERÓNIMO, *Carta* 45,7.

<sup>38</sup> Cf. *H. L.* 36,6-7. Paladio presenta a Jerónimo directamente como un obstáculo para Paula: “A Paula la obstaculizó un tal Jerónimo... Paula estaba capacitada para volar más alto que todas, por sus excepcionales dotes, pero aquel hombre la obstaculizó con sus celos, después de haberla atraído a la meta que se había propuesto” (*H.L.* 41,2).

<sup>39</sup> ¡Es necesario puntualizar que entre Jerónimo y Paladio, las relaciones no eran nada buenas! Lo cual significa que a algunas de las informaciones hay que tomarlas con pinzas.

por tema un desposorio místico: el connubio entre una mujer y un hombre que han decidido vivir en castidad: toma así forma “La vida de Malco, monje prisionero”<sup>40</sup>. Ya el título es significativo, y de alguna forma tiene rasgos que lo acomunan con la historia de su vida y la de Paula.

### 3.1.2. El inicio de la aventura “al-femenino” de Juan Crisóstomo

Juan Crisóstomo, por su parte, quedó huérfano de padre a temprana edad, fue educado por su madre que se negó a casarse por segunda vez. Por lo cual tiene a sus espaldas una experiencia que le permite valorar fuertemente viudez y virginidad: lo vemos en sus catequesis, donde estas dos realidades son temáticas relevantes. Cuando encuentra a Olimpia, mujer de grandes capacidades y posibilidades, viuda [que practica un] riguroso ascetismo, cuya actividad está volcada hacia el servicio eclesial, siendo, además, diaconisa... encuentra [realizado en ella] la materialización del ideal presentado y amado [por él]... Y una relación cada vez más intensa se irá estableciendo entre los dos.

Estamos, entonces, ante un nuevo irrumpir de lo femenino en el camino del Crisóstomo, que tiene sobre él un impacto emocional nada indiferente. Compartirán los intereses de la Iglesia, los problemas relacionados con dicho gobierno; Olimpia cuidará del obispo Juan, sosteniéndolo también materialmente, proporcionándole todo aquello que necesita, y antes del exilio ella se preocupa incluso de su comida, su ropa, su baño... Esta mujer ha vivido y vencido numerosas dificultades, y permanecerá combativa aún después de la partida de Juan, pero la sufrirá tanto que llega a enfermarse.

Que semejante encuadre favorezca la relación de amistad, o que por el contrario, sea la relación de amistad la que crea dicha constelación, poco importa. Ciertamente que los dos aspectos destacados y reconocibles a los que damos el nombre de “amistad” y de “ministerio” no son fácilmente distinguibles. Quererlo hacer equivaldría a perder de vista la globalidad de la existencia.

### 3.2. Olimpia y Paula, fundadoras y superiores de comunidades de mujeres

<sup>40</sup> Cf. GIROLAMO, “Malco, l’eremita prigioniero”, en *Vite degli eremiti Paolo, Ilarione e Malco*, B. DEGÓRSKI (ed.), Roma 1996, pp. 152-175.

Entre los siglos IV y V, —cuando Roma inicia su parábola descendente de decadencia política, social y moral de las costumbres, marcada ya por las primeras señales de las invasiones de nuevos pueblos, provenientes del este—, entonces, como ya dijimos, algunas nobles mujeres cristianas que quedaron viudas jovencísimas, —Marcela, Melania y Paula—, inician [en el ámbito del mundo latino] la vida ascética, monástica, femenina y familiar, adoptando y adaptando algunas modalidades del ascetismo masculino eremítico y cenobítico, venidas de Oriente.

También en Constantinopla, que en cambio está todavía en todo su esplendor, Olimpia, una mujer de renombrada familia, viuda, edifica un monasterio dedicado al servicio eclesial y a la hospitalidad, en el cual la Palabra de Dios goza de un rol central.

En esta historia de rasgos similares en las vidas de Olimpia y de Paula, es digno de notar que no son los hombres, —ni Jerónimo ni Juan Crisóstomo—, los fundadores, ni del cenáculo del Aventino y de Belén en el primer caso, ni del monasterio adyacente a la iglesia madre en Constantinopla, en el segundo. Dichas comunidades femeninas son anteriores al encuentro con cada uno de ambos [varones], y en lo que se refiere a la comunidad femenina, —y nótese bien que también a la masculina!—, de Belén, nacen, en todo caso, por iniciativa de Paula. Ambas mujeres son aristócratas y su condición de viudez les otorga una cierta autonomía, también en cuanto a disponibilidad económica. En la aventura “a-lo-masculino” su rol y su situación tienen un peso preponderante.

De hecho, se puede documentar fehacientemente que, durante estos primeros siglos [del cristianismo], la experiencia ascética y el servicio eclesial le otorgaron a la mujer un reconocimiento que de ordinario le era negado en el ámbito social y político. En el contexto de las grandes ciudades como Roma o Constantinopla, fue posible para algunas mujeres emanciparse de la tutela de los varones, cosa que en sus rasgos esenciales acabamos de señalar. Algunas de ellas, como Paula y Olimpia, vivieron felizmente dicha liberación, experimentando la novedad del amor a Dios y al prójimo y, gracias a su posición social, teniendo la gestión de sus propios bienes, y con la elección de la virginidad, —vale decir: no ligándose por segunda vez a un hombre—, pudieron decidir ellas mismas, acerca de sí mismas.

Es interesante que estas mujeres no hayan visto en el hombre, en el marido, a un enemigo, ni huyan de la vida conyugal por desprecio hacia la misma: Paula, cuando muere [su hijo menor] Tossozio, sufre tanto que

casi fallece<sup>41</sup>. Por eso mismo, una vez que se han decidido por el camino del ascetismo, y quizás debido justamente a su “normalidad”, no tienen necesidad alguna de contraponerse de modo reivindicativo, ni de desconocerse a sí mismas, o de negar su femineidad, sino que más bien su elección [por el ascetismo] les permite relacionarse normalmente y de igual a igual con los varones.

### 3.3. La separación como oportunidad para que los sentimientos se manifiesten con mayor transparencia

[Veamos] un último elemento en común: los testimonios gracias a los cuales es posible captar la importancia que una figura tenía para la otra, surgen y emergen de una ausencia, de una lejanía, de una pérdida: la muerte de Paula para Jerónimo, el exilio de Juan Crisóstomo para Olimpia y para el mismo Juan. Las experiencias de separación modifican y amplifican la tonalidad de la relación mutua en las respectivas parejas. El espesor, la intensidad, la calidad de su vínculo se deduce de aquello que explota en el corazón de Jerónimo, en el momento de la separación que sobreviene a la muerte de Paula; y en el de Olimpia y el de Juan Crisóstomo como consecuencia del exilio de este último.

Estas separaciones son experimentadas por los distintos protagonistas con manifestaciones que incluyen fuertes sentimientos. Eso lo sabemos, tanto en uno como en otro caso, gracias al intercambio epistolar. Y, como ya dijimos, sólo nos es posible reconstruir estas reacciones “a lo masculino” a través de la voz de Jerónimo, al no habérsenos conservado ningún [escrito] de Paula<sup>42</sup>, o de la voz de Juan Crisóstomo<sup>43</sup>, ya que sólo se nos han con-

<sup>41</sup> Cf. JERÓNIMO, *Carta* 108,5.

<sup>42</sup> Según lo narrado en el *De Viris illustribus* 135,5 de Jerónimo, aunque los monasterios estaban vecinos el uno del otro, la correspondencia con Paula y Eustoquia era cotidiana, y sin embargo nada de todo eso ha llegado hasta nosotros. Cf. JERÓNIMO, *Gli uomini Illustri*, A. CERESA-GASTALDO (ed.), Firenze, 1988. Las únicas 3 Cartas de Jerónimo a Paula que se nos han conservado (30; 33; 39), son anteriores a la permanencia en Belén, y son más que nada, testimonio de la argumentación acerca de cuestiones bíblicas. Es probable que en su correspondencia betlemita compartieran, más que nada, la problemática espiritual, eclesial y práctica, esta última referida a los monasterios que ambas mujeres gobernaban. De todos modos es posible recuperar ciertas dinámicas de su relación mutua a partir de otros escritos.

<sup>43</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Lettre d'exil a Olympias et a tous fidèles— Quod nemo laeditur* = Sch 103, A.-M. MALINGREY (ed.), Paris 1964. También tenemos otras noticias a tra-

servado sus cartas (17) y no las de Olimpia. Sabemos que Olimpia se resistió a escribir, la tristeza la embarga, y el intercambio epistolar no es suficiente para colmar el vacío dejado por Juan: “No te abandones a la tiranía de la tristeza, sino domínate por la razón. Puedes lograrlo”<sup>44</sup>.

¿Será legítimo pensar que estos [sentimientos] son excesivos, y que Olimpia amaba a Juan más que a Dios, o [será que simplemente] estamos ante la expresión de un sentimiento [muy] femenino? Sin embargo, incluso al hosco Jerónimo, cuando muere Paula, lo embarga una profunda tristeza o depresión... “Una espada, por más afilada y refulgente que sea, si queda mucho tiempo guardada en la vaina se mancha con óxido y pierde su esplendor y belleza primera. Y lo mismo yo, afligido por la muerte de la santa y venerable Paula, y no porque quisiera contradecir el precepto del Apóstol<sup>45</sup>, sino porque echo de menos aquel consuelo que ella a tantos ofrecía y que con su muerte me falta; he aceptado con gusto los libros que el presbítero Silvano me ha enviado... para hacérmelos traducir”... “Entonces, después de haberme mantenido callado por largo tiempo, —en el silencio era devorado por el dolor—, y por otro lado, como el presbítero Leoncio y los otros hermanos, que fueron enviados por este motivo, me insistieron que llamara a un amanuense, [lo hice] y le dicté en nuestra lengua (estos textos) ya traducidos del copto al griego. Lo hice por obedecer, no digo a las súplicas, sino a las órdenes, de personas tan dignas de consideración y para romper mi largo silencio, como se suele decir, bajo un buen auspicio. Y así volví a mis antiguos estudios y le di consuelo al alma de aquella santa mujer que siempre estuvo inflamada de amor por los monasterios y que había meditado ya aquí en la tierra lo que debía contemplar en el cielo”<sup>46</sup>.

También a través del Epitafio en honor de Paula<sup>47</sup>, escrito algunos meses después de su muerte, descubrimos cuánta tristeza aún lo embarga: “Este libro lo he dictado para ti en dos breves vigili­as nocturnas, oprimido

vés de Paladio y Sozomeno. Cf. también PALADIO, *H. L.* 56; *Id.*, *Dialogo sulla vita di Giovanni Crisostomo*, Roma, 1995, 11, 16, 17. SOZOMENO, *Storia ecclesiastica* 8, 9, 1-3.

<sup>44</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 3,2.

<sup>45</sup> Cf. Pablo, *1 Ts* 4,13: *No queremos, hermanos, que vivan en la ignorancia acerca de los que ya han muerto, para que no estén tristes como los otros, que no tienen esperanza.*

<sup>46</sup> JERONIMO, *Praef. Pachomiana latina. Règle et Épitres de S. Pachome. Épitre de S. Théodore et “Liber” de S. Orsiesius. Texte latin de S. Jérôme*, Amand BOON (ed.), Louvain 1932.

<sup>47</sup> JERÓNIMO, *Carta* 108.

por el mismísimo dolor que tú soportas. De hecho, todas las veces que he querido tomar la pluma y escribir la obra prometida, otras tantas los dedos se quedaban rígidos, caía la mano, languidecía el espíritu”<sup>48</sup>.

Hemos visto cómo a Olimpia el hecho de la lejanía del Crisóstomo la había afectado muchísimo, quitándole el apetito, el sueño y hasta las ganas de seguir viviendo... un poco mucho, ¿no? ¿Y acaso no emerge la misma realidad en Jerónimo? ¿Con sólo Dios, no es suficiente? La pregunta es legítima. Olimpia demuestra tener un temperamento fuerte cuando debe afrontar las luchas con los adversarios en Constantinopla, pero se muestra de frágil corazón para enfrentar la lejanía de Juan “soportando” los sufrimientos de éste último, en su impotencia para ayudarlo, ya que para nada sirvieron sus esfuerzos para lograr revocar el exilio<sup>49</sup>. Idéntica fragilidad se advierte también en Juan, no sólo por el exilio que está padeciendo, sino también por no lograr consolar a Olimpia<sup>50</sup>: su alivio consiste en poder, —cuando lo logra—, consolar a su amiga y en saberla consolada<sup>51</sup>: “Si mi lejanía te causa dolor, grande es sin embargo el consuelo que proviene de la virtud. Por mi parte, aunque nos encontramos separados por tan gran distancia, recibo de tu coraje una felicidad inmensa”<sup>52</sup>.

La correspondencia que se desarrolló durante el exilio de Juan Crisóstomo refleja el gran desasosiego que invadió a ambos, tanto por motivos eclesiales, como a causa de la distancia, debido al gran afecto que los une. Juan esboza un entusiasta retrato de Olimpia; frente a ella y su virtud Juan Crisóstomo se siente incapaz de competir. Está convencido de que aquella mujer vale lo que muchos hombres<sup>53</sup>, sobre cada episodio de su vida informa a Olimpia con todo detalle, a ella le confía todo su malestar<sup>54</sup>.

<sup>48</sup> JERÓNIMO, *Carta* 108,32.

<sup>49</sup> Cf. *Carta* 4, 1b (2); 6, 1c-d (3.5); *V.O.* 9,16ss; 10,1-4.

<sup>50</sup> Cf. C. MILITELLO, *Il volto femminile della storia. Madri, e amanti, monache e ribelli. Dietro gli eventi della chiesa c'era una donna*, Casale Monferrato, 1995, p. 42.

<sup>51</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 5,1; 7,5c; *Carta.* 8,1.13c.

<sup>52</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 12,1c (6).

<sup>53</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 12; 14,1.

<sup>54</sup> Cf. JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 9; Cf. C. MILITELLO, *Il servizio ecclesiale. Olimpiade e Crisostomo. E Dio li cred... Coppie straordinarie nei primi 13 secoli di cristianesimo. Da Perpetua e Satiro a Eloisa e Abelardo*, C. MAZZUCCO - C. MILITELLO - A. VALERIO (eds.), Milano, 1990, p. 134.

Olimpia, por su parte, desearía seguir escuchando la Palabra y viendo el rostro de Juan. También él tiene esos [mismos] sentimientos, [y así se lo] dice en una de sus últimas cartas: “Sé feliz y no pierdas nunca la esperanza de que volveré a verte”<sup>55</sup>; “realmente no basta, para aquellos que se aman, estar unidos en el alma, no se contentan con ese consuelo, sino que necesitan también de la presencia física: si no se les permite, se les amputa una porción nada pequeña de felicidad... ¿Deseas ver el rostro? Claro que sí –responde–, porque en él se encuentran los órganos de los sentidos. De hecho, un alma desnuda, unida a otra alma desnuda, nada podrá decir o escuchar, mientras que si disfruto de la presencia física, puedo decir yo algo y [a mi vez] escuchar a aquellos que amo, por eso deseo ver su rostro... a través de los sentidos puedo gozar más plenamente de la unión con el alma amada”<sup>56</sup>.

## Conclusión

Entonces, ¿tendremos realmente que afirmar que con “sólo Dios” no alcanza? Si lo afirmásemos ¿no estaríamos creando una contraposición entre el amor a quienes nos rodean y el amor hacia Dios? J. Maritain decía: “El amor humano auténtico es el más grande misterio de nuestra vida, más aún, es sin duda un misterio divino”.

Con un lenguaje actual, moderno, diríamos que la experiencia de la reciprocidad, en el contexto de las relaciones entre consagrados, crea una relación donde el intenso afecto que puede unirlos, surge de una experiencia no buscada y, mucho menos, intencionalmente creada, sino que por el contrario, es en ocasiones hostigada, y en otras, en una segunda instancia, conceptualizada y aceptada como un don: quizá esta sea la única palabra justa [capaz de calificarla]. Esa [relación] es acogida y gestionada con la prudencia y la suprema libertad del amor: aquel *agape* que asume e integra y no sublima el *eros*, entendido en su sentido de fuerza, de atracción, dimensión ésta que permanece también en el hombre y en la mujer que se han consagrado a Dios por la virginidad. Por eso podemos aseverar que la unión con Dios permanece, continúa siendo prioritaria, sin entrar en conflictiva competencia con las relaciones interhumanas, con la profunda conciencia de que en dicho tipo de relación, la pertenencia auténtica y profunda estriba en la no pertenencia, como ya dijimos. [Se

<sup>55</sup> JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 13,4(13).

<sup>56</sup> JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 8,12b-13(52).

vive] en un alegre y gozoso disfrutar del camino elegido, y del de los demás, sabores, por otra parte, de que aquella relación permanecerá viva y llena de riqueza y fecundidad, justamente por habérsela vivido en amante fidelidad a la propia vocación, sabiendo aceptar el riesgo y el valor de un afecto grande, como también el sufrimiento que podría sobrevenir si acabara, debido a una causa cualquiera que provocara dicha interrupción –sufrimiento que, paradójicamente, también poseería una dimensión pacificante. De la experiencia de las parejas [en consideración] se desprende que ser vírgenes no significa amar menos, sino amar diversamente, y no con menor intensidad. Dicha experiencia puede ser tomada como un icono, como un símbolo, del misterio del Amor como paradoja de una exclusividad abierta.

Claro que obviamente resulta indispensable el coraje de una gran lucidez, franqueza hacia uno mismo y hacia el otro, una fuerte relación con Dios, la experiencia de tener el propio nombre grabado en la mano de Dios, la valentía de permanecer *in Deum*, pero sin estar –¡gracias a Dios!–, liberados del peso de la [propia] humanidad. A veces se pueden experimentar las limitaciones de una afectividad aún no del todo liberada y liberadora, sino que todavía está “en-camino”, con sus consiguientes marcas y señales y que tal vez puede transparentar uno u otro de los elementos de la experiencia de las parejas a las cuales hemos [intentado] acercarnos.

La relación de Jerónimo con Paula y la de Olimpia con Juan Crisóstomo nos coloca, me parece, ante una coyuntura con posibilidades de una doble articulación: no han buscado esta unión, si no que, de alguna manera, se han visto involucrados en ella y han aprendido a gestionarla como una fuerza para [mejor] ser aquello a lo que se habían consagrado. Tenían su vida ya bien definida antes de encontrarse, eran hombres y mujeres dotados de una personalidad muy marcada. Cada uno de los cuatro se mantenía en pie por sí solo: ¿quizás por eso [mismo] han podido embarcarse en esta aventura?

Puede que esperaran inconscientemente la comunión de corazones, que fue madurando: *–No es bueno que el hombre esté solo–*; lo cierto es que han sabido reconocer el tiempo en el cual se ha dado la posibilidad, aunque la han ido descubriendo poco a poco. La han compartido conscientemente y han gozado de ella gracias a su amor virginal, y en la separación, en la lejanía, emergió toda la fuerza y la energía de que se alimentaba y de la que bebía, mostrando en qué medida era todo su ser el que estaba involucrado. “Adiós, Paula” –dirá Jerónimo hacia el final de su encomio–, invitándola a darle una mano a él, anciano ya débil que la ama.

¡Por su fe y sus obras que la han unido a Cristo, ella podrá obtener fácilmente del Señor lo que pide!

En una famosa carta a Eustoquia escribió: “Es difícil que el corazón del ser humano no ame, es inevitable que nuestro espíritu sienta algún afecto. ¡Que sea el amor espiritual el que venza al amor carnal!... Si el primero disminuye, el segundo crece proporcionalmente”<sup>57</sup>. Estábamos en el 383-384: ¿Era quizás eso lo que él [personalmente] estaba experimentando...? ¡Dura y liberadora experiencia!

¡Sí!, la historia antigua y la del monacato, a pesar de la concepción corriente en aquellos tiempos, conoce a célibes monjes y monjas que han vivido profundas relaciones de amistad. Las palabras intercambiadas entre ellos denotan una profunda estima mutua: “Me he alegrado de que después de desembarazarte de la mejor manera posible de los procesos y de todos los problemas, hayas acabado también con el asunto de tu liberación, llevando a cabo las cosas de una manera digna de un hombre y, por otra parte, sin obstinarte más al exponerte a los tribunales con los consabidos inconvenientes que de allí se derivan, adoptando la vía media, obteniendo la libertad que te conviene, haciendo gala de gran inteligencia, amplitud de miras, fuerza de ánimo, paciencia y demostrando que es imposible engañarte”<sup>58</sup>; [muestras de] afecto recíproco, algunas veces cálido en sus expresiones, con deseos de ayudarse a porfía, compartiendo alegrías y dificultades: “... me eres queridísima y [sabes que] me angustio por ti y siento ansias por ti... fui liberado de esta angustia ... porque ... me dieron noticias acerca de tu salud...”<sup>59</sup>.

Simplificando muchísimo, podemos notar hasta qué punto la tesis clásica de la teología estaba influenciada por aquel pensamiento que pregonaba la subordinación de la mujer al varón en el orden de la creación, y la equivalencia entre varón y mujer en el orden de la gracia. Aunque con una concepción teológica y bíblica que hoy es harto diversa, la segunda parte de aquel axioma puede sernos útil para entender cuánto influyó el cristianismo en la apertura de un camino que llevara a recuperar la identidad de la mujer y a la posibilidad de relacionarse con el varón en una relación de amistad espiritual. El [uso del] término “equivalencia” es más correcto que el de los términos “igualdad” y “paridad” –que son

<sup>57</sup> JERÓNIMO, *Carta* 22,17.

<sup>58</sup> JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 14,1.

<sup>59</sup> JUAN CRISÓSTOMO, *Carta* 12,2.

más propensos a cierta ambigüedad—, ya que sin desconocer sus diferencias, reconoce el análogo valor de los sexos e idéntico valor al varón y a la mujer en cuanto personas humanas. El pensamiento cristiano, al sostener la equivalencia entre el hombre y la mujer en el orden de la gracia, pudo ejercer una función crítica iniciando una praxis que, como hemos visto, se torna visible en algunos tramos de la larga historia de la santidad cristiana, operando un gran cambio respecto de la idea que de la mujer tiene la antropología greco-romana, en ocasiones influenciada por tendencias gnósticas y maniqueas, o medievales, concepciones [todas] llenas de dudas e interrogantes sobre si la mujer sería capaz de alcanzar la perfección escatológica<sup>60</sup>.

Recordemos la pregunta que nos ha acompañado: ¿qué le debe este tipo de amistad a la experiencia cristiana, a la fuerte relación con Cristo? Podemos afirmar ahora que el místico, animado por el Espíritu del Resucitado, de hecho, ha sido hecho capaz —y es capaz— de expresar en su existencia redimida los signos de la soberanía de Dios, permitiendo, ayer y hoy, la ocasional superación de las propias contingencias culturales. No podemos no reconocer cuánto el elemento religioso, en su dimensión “místico-cristiana”, en ciertos tiempos y en ciertas épocas, haya de hecho tenido la fuerza de reconstruir y hacer surgir no tanto la igualdad o la complementariedad, sino la reciprocidad<sup>61</sup>, preparando así nuestro presente.

*Monastero Benedettino*  
*Via S. Jacopo, 104*  
*I-56010 Pontasserchio (PI)Pisa, ITALIA*

<sup>60</sup> Cf. R. GIBELLINI, “Teologia femminista”, en *La teologia del XX secolo*, Brescia, 1992, p. 467.

<sup>61</sup> Cf. M. T. VAN LUMEN-CHENU - R. GIBELLINI, *Donna e teologia*, Brescia, 1988, p. 9.